

**LÉON  
Y LOUISE**  
**ALEX CAPUS**



Aunque en el verano de 1918 la Primera Guerra Mundial está a punto de terminar, sus consecuencias durarán décadas. Para algunas personas, toda una vida. Léon Le Gall es un joven rebelde de apenas diecisiete años que ha decidido dejar los estudios y trabaja como asistente en la estación ferroviaria de Saint-Luc-sur Marne, en la costa de Normandía. Allí es donde conoce a la hermosa y esquiva Louise Janvier. Entre ellos surge un sentimiento puro, simple y profundo, pero todo salta por los aires cuando la aviación alemana bombardea Saint-Luc, y Louise muere. Sin olvidarla, Léon sigue adelante con su vida. Se casa, tiene hijos y empieza a trabajar como científico para la policía.

*Léon y Louise* es la historia de un amor que desafía al tiempo y a las convenciones. Con deliciosa habilidad y una irresistible combinación de ligereza e intensidad, Alex Capus relata una historia de amor que crece al mismo tiempo que el siglo de las guerras y que consigue desafiar a la realidad.

## Índice de contenido

Cubierta

Léon y Louise

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Sobre el autor

*para Ruben*

*Il ne faut pas trop regarder  
la nudité de ses parents.*

ERIK ORSENNA

## 1

Estábamos en la catedral de Notre-Dame, esperando al cura. A través del rosetón, la coloreada luz solar se proyectaba sobre el ataúd abierto que yacía adornado con flores sobre una alfombra roja ante el altar mayor. En el deambulatorio, un monje capuchino estaba arrodillado frente a la Piedad; en la nave izquierda, un albañil en un andamio raspaba con su paleta, provocando un ruido resonante entre aquellos muros de ochocientos años. Por lo demás, reinaba el silencio. Eran las nueve de la mañana, los turistas todavía estaban desayunando en sus hoteles.

Los asistentes al funeral éramos pocos; el fallecido había vivido largo tiempo, y la mayoría de sus conocidos habían muerto antes que él. En el primer banco estaban, en el centro, sus cuatro hijos varones, su hija y sus nueras, luego sus doce nietos, de los que seis aún eran solteros, cuatro estaban casados y dos divorciados; y en un extremo, los cuatro bisnietos —con el tiempo llegarían a ser veintitrés— ya nacidos por aquel 16 de abril de 1986. Detrás de nosotros se extendían en la penumbra hacia la salida cincuenta y ocho filas de bancos vacíos... un mar de bancos vacíos, en el que sin duda habrían cabido todos nuestros antepasados hasta el siglo XII.

Éramos un grupito ridículamente pequeño para una iglesia tan grande; que estuviéramos allí sentados era una última broma de mi abuelo, que había sido químico de la policía en el quai des Orfèvres y un gran anticlerical. Como

había anunciado a menudo en los últimos años, deseaba un funeral en Notre-Dame. Si se le hacía notar que, en su calidad de no creyente, la elección del templo tenía que resultarle indiferente y que la iglesia del barrio, a la vuelta de la esquina, sería más adecuada, respondía:

—¿La iglesia de Saint-Nicolas du Chardonnet? No, hijos, yo quiero Notre-Dame. Está unos cientos de metros más lejos y costará algo de dinero, pero lo conseguiréis. Por cierto, me gustaría una misa en latín, nada de francés. Conforme a la liturgia antigua, por favor, con mucho incienso, largos recitativos y canto gregoriano.

Y sonreía bajo el bigote ante la idea de que sus descendientes se desollaran las rodillas en los duros bancos durante dos horas y media. Aquella broma le gustó tanto que la incluyó en su repertorio de expresiones fijas. «Si es que antes no me voy de excursión a Notre-Dame», decía cuando el peluquero le daba cita, o: «¡Felices Pascuas, y hasta la vista en Notre-Dame!». Con el tiempo, la broma se convirtió en profecía, y cuando de hecho le llegó la hora, todos tuvimos claro lo que había que hacer.

Así que allí estaba, con la nariz cerosa y las cejas alzadas en gesto de sorpresa, exactamente en el lugar donde Napoleón Bonaparte se había coronado emperador de los franceses, y nosotros estábamos en los bancos que, ciento ochenta y dos años antes, habían ocupado sus hermanos, hermanas y generales. El tiempo pasaba, el cura se hacía esperar. Los rayos del sol ya no incidían en el ataúd, sino a su derecha, sobre las losas blanquinegras. De la oscuridad emergió el sacristán, que tras encender unas velas se fue por donde había venido. Los niños se removían en los bancos, los hombres se frotaban la nuca, las mujeres mantenían la espalda recta. Mi primo Nicolas sacó sus marionetas del bolsillo del abrigo e hizo una representación para los niños, que esencialmente consistió en que el ladrón de hirsutas barbas golpeó con la porra la gorra puntiaguda de *Guignol*.

Entonces, muy lejos, a nuestras espaldas, una puertecita lateral del pórtico de entrada se abrió con un leve crujido. Nos volvimos. Por la rendija cada vez más ancha, la cálida luz de la mañana primaveral y el ruido de la rue de la Cité entraron a chorros en la penumbra. Una pequeña figura gris con un fular de un rojo deslumbrante se coló en la nave de la iglesia.

—¿Esa mujer viene con nosotros?

—Callad, pueden oíros.

—¿Es de la familia?

—¿O es quizá...?

—¿Tú crees?

—Bah, seguro que no...

—¿No te la encontraste una vez en la escalera...?

—Sí, pero estaba muy oscuro.

—Deja de mirar de esa manera.

—¿Dónde está el cura?

—¿La conoce alguien?

—Es...

—Quizá...

—¿Tú crees?

—¿Queréis callaros de una vez?

Desde el principio, tuve claro que la mujer no pertenecía a la familia. Aquellos pasos cortos y enérgicos, y los duros tacones que resonaban como palmadas en las losas; aquel sombrerito negro con velo sobre una mandíbula delicada y arrogante; aquel ágil persignarse junto a la pila de agua bendita, y la elegante genuflexión... No podía tratarse de ninguna Le Gall. Por lo menos, ninguna de pura cepa.

Los sombreritos negros y el santiguarse rápido no van con nosotros. Los Le Gall somos gente alta, de sangre fleumática de origen normando, que se mueve con pasos largos y circunspectos, y sobre todo somos una familia de hombres. Naturalmente también hay mujeres —aquellas con quienes nos hemos casado—, pero cuando viene un niño al mundo, la mayoría de las veces es un varón. Yo mismo

tengo cuatro hijos, ninguna hija; mi padre tuvo tres hijos y una hija, y su padre —el difunto Léon le Gall, que yacía aquella mañana en el ataúd— había engendrado cuatro muchachos y una chica. Somos de manos fuertes y de frentes y hombros anchos, no llevamos ninguna joya salvo el reloj de pulsera y la alianza, y tenemos tendencia a la vestimenta sencilla, sin chorreras ni escarapelas; apenas sabríamos decir con los ojos cerrados de qué color es la camisa que llevamos puesta. Nunca hemos sufrido dolores de cabeza o de vientre, y cuando los padecemos lo ocultamos vergonzosamente, ya que, según nuestra concepción de la virilidad, ni nuestras cabezas ni nuestros vientres —¡los vientres menos aún!— tienen partes blandas sensibles al dolor.

Pero, sobre todo, tenemos unos occipucios llamativamente planos, de los que nuestras cónyuges suelen reírse. Cuando en la familia se anuncia un nacimiento, lo primero por lo que preguntamos no es el peso, la talla o el color del pelo, sino por el occipucio. «¿Cómo es... plano? ¿Es un verdadero Le Gall?». Y al llevar a la tumba a uno de los nuestros, nos consolamos pensando que durante el transporte la cabeza de un Le Gall nunca se ladea en el ataúd, sino que se apoya perfectamente plana en el fondo.

Comparto el morbosos humor y la jovial melancolía de mis hermanos, padres y abuelos, y me gusta ser un Le Gall. Aunque algunos sentimos debilidad por el alcohol y el tabaco, gozamos de una buena esperanza de vida y, como muchas familias, creemos firmemente que no somos nada especial, pero sí únicos.

Esta creencia no se basa en nada y carece de fundamento, porque, hasta donde sé, jamás un Le Gall ha hecho algo por lo que mereciera pasar a la posteridad. Eso se debe, en primer lugar, a la ausencia de dotes marcadas; en segundo lugar, a la indolencia; en tercer lugar, a que la mayoría de nosotros desarrolla durante la adolescencia un arrogante desprecio por los rituales iniciáticos de una for-

mación convencional, y en cuarto lugar, a que casi siempre se transmite de padres a hijos una gran aversión por la Iglesia, la policía y la autoridad intelectual.

Por eso, la mayoría de nuestras carreras académicas terminan ya en el instituto, o como muy tarde en el tercer o cuarto semestre universitario. Sólo cada varias décadas un Le Gall consigue completar sus estudios de forma regular y reconciliarse con una autoridad temporal o espiritual. En ese caso, se convierte en jurista, médico o clérigo y se gana el respeto de la familia, aunque también algún recelo.

Si acaso, logró cierta fama póstuma mi tataratío Serge le Gall, que poco después de la guerra franco-prusiana fue expulsado de la escuela por consumo de opio y llegó a ser carcelero en la prisión de Caen. Pasó a la historia porque intentó poner fin a una revuelta de presos pacíficamente y sin la masacre habitual, en agradecimiento de lo cual un preso le partió el cráneo con un hacha. Otro antepasado se distinguió por diseñar un sello para el correo vietnamita, y de joven mi padre construyó oleoductos en el Sáhara argelino. Por lo demás, los Le Gall nos ganamos el pan como profesores de buceo, camioneros o funcionarios. Vendemos palmeras en la Bretaña y motos alemanas a la policía de Nigeria, y uno de mis primos busca a media jornada morosos bancarios fugados como detective de la Société Générale.

Si a pesar de todo la mayoría de nosotros se las arregla bastante bien, se debe a nuestras mujeres. Además de mi abuela paterna, todas mis cuñadas y tías por parte de padre son mujeres fuertes, capaces y cálidas, que ejercen un discreto pero indiscutido matriarcado. A menudo logran mayor éxito profesional que sus maridos y ganan más dinero, se ocupan de la declaración de la renta y discuten con las autoridades escolares. Por su parte, los hombres se lo agradecen mostrándose mansos y dignos de confianza.

Somos, creo yo, maridos más bien pacíficos. No mentimos y nos esforzamos por no beber de forma perjudicial para la salud; nos mantenemos alejados de otras mujeres,

somos voluntariosos en casa y sin duda nos gustan los niños por encima de la media. En nuestras reuniones familiares es corriente que los hombres se ocupen por las tardes, en el jardín, de los bebés y los niños, mientras las mujeres van a la playa o de compras. Ellas aprecian que no necesitemos coches caros para ser felices y no tengamos que viajar a Barbados a jugar al golf, y aceptan con indulgencia que frecuentemos mercadillos de manera compulsiva y traigamos a casa extraños cachivaches: álbumes fotográficos de desconocidos, peladores mecánicos, proyectores de diapositivas caducos, para los cuales hace mucho que no hay diapositivas del formato adecuado, auténticos catalejos de la Armada por los que todo se ve al revés, sierras quirúrgicas, revólveres oxidados, gramófonos carcomidos y guitarras eléctricas a las que les falta uno de cada dos trastes... Nos gusta traernos a casa cosas extrañas, que pulimos y limpiamos durante meses y tratamos de hacer funcionar antes de regalarlas, llevarlas de vuelta al mercadillo o tirarlas a la basura. Lo hacemos para apaciguar nuestro sistema nervioso vegetativo; los perros comen hierba, las hijas mayores escuchan a Chopin, los profesores universitarios van a partidos de fútbol, y nosotros revolvemos entre los trastos viejos. Una asombrosa cantidad de los nuestros pinta de noche, cuando los niños duermen, óleos de pequeño tamaño en el sótano. Y hay uno que escribe poemas en secreto, lo sé de primera mano; por desgracia, no muy buenos.

La primera fila de bancos de Notre-Dame vibraba de emoción valerosamente reprimida. ¿De verdad aquella mujer era mademoiselle Janvier? ¿Se había atrevido a venir? Las mujeres volvieron a mirar al frente e irguieron la espalda, como si toda su atención estuviera centrada exclusivamente en el ataúd y la luz eterna sobre el altar mayor; en cambio, los hombres, que las conocíamos, sabíamos que estaban pendientes del repicante *staccato* de los pasitos que desde el lateral se dirigían a la nave central, luego doblaban en ángulo recto y, sin la menor vacilación, sin nin-

gún *ritardando* ni *accelerando*, avanzaban con ritmo regular de metrónomo. Después, si alguien miró de reojo, pudo ver a la figurita subir ligera como una muchacha los dos peldaños de alfombra roja hasta el pie del ataúd, para tocarlo con la mano derecha y caminar ya sin taconeos hasta la cabecera, donde permaneció unos instantes, casi como un soldado en posición de firmes. Se alzó el velo del sombrero y se agachó, extendió los brazos y, apoyándose en el ataúd, besó a mi abuelo en la frente y puso la mejilla sobre su cerosa cara, como si quisiera descansar; al hacerlo, no se volvió hacia el altar mayor para ocultar el rostro, sino que nos lo ofreció abiertamente. Así pudimos ver que tenía los ojos cerrados y que sus rojos labios se contraían en una sonrisa, que fue ensanchándose hasta que se abrieron en una risita muda.

Por fin, se apartó del difunto, se irguió, se quitó el bolso del brazo, lo abrió y sacó con prontitud un objeto del tamaño de un puño, redondo y mate. Como sabíamos poco después, se trataba de un viejo timbre de bicicleta, de campana semiesférica, cuyo barniz cromado estaba surcado de grietas y desconchado. Tras cerrar el bolso y colgárselo de nuevo del brazo, tocó el timbre dos veces: *rrri-rring rri-rring...* Mientras el eco resonaba en la nave del templo, lo dejó en el ataúd, se volvió hacia nosotros y nos miró fijamente a todos. Empezó por el extremo izquierdo, donde estaban sentados los niños más pequeños con sus padres, recorrió la fila entera deteniéndose en cada uno quizá un segundo y, cuando llegó al extremo derecho, nos dedicó una victoriosa sonrisa. A continuación, avanzó con sonoro taconeos por la nave central, rumbo a la salida.

## 2

Mi abuelo tenía diecisiete años cuando conoció a Louise Janvier. Me gusta imaginarlo muy joven, en la primavera de 1918, en Cherburgo, atando su maleta de cartón a la bicicleta y dejando atrás para siempre la casa paterna.

No sé mucho de su juventud. En uno de los álbumes de fotografías familiares de la época se ve a un tipo robusto, de frente alta e indómito cabello rubio, que observa con curiosidad el trajín del fotógrafo de estudio con la cabeza burlonamente ladeada. Además, sé por sus propios relatos, que en su vejez exponía en pocas palabras y con fingida aversión, que a menudo faltaba al instituto porque prefería ir con sus mejores amigos, Patrice y Joël, a las playas de Cherburgo.

Un tempestuoso domingo de enero de 1918, cuando ningún ser humano razonable se habría acercado ni siquiera de lejos al mar, los tres encontraron entre la retama, en plena tormenta de nieve, el casco encallado de una pequeña yola, con un agujero en el centro y un poco quemado en toda su extensión. Tras arrastrar la embarcación detrás del matorral más próximo y puesto que su legítimo propietario no daba señales de vida, durante las semanas siguientes la habían reparado cuidadosamente ellos mismos y cepillado y pintado de vivos colores, a tal punto que quedó nueva e irreconocible. Desde entonces, cada vez que tenían una hora libre, salían al canal de la Mancha a pescar, sestear y fumar algas secas en pipas talladas en mazorcas de maíz;

cuando algo interesante flotaba en el agua —un tablero, el farol de un barco hundido o un flotador—, lo recogían. A veces, los buques de guerra les pasaban tan cerca que su bote brincaba como un ternero en un prado el primer día de primavera. A menudo navegaban todo el día, rodeaban el cabo y viajaban hacia el oeste, hasta que las Islas del Canal británicas surgían en el horizonte, y sólo regresaban a tierra con el crepúsculo. Los fines de semana pasaban las noches en una cabaña de pescadores cuyo dueño, el día que lo movilizaron, no había tenido tiempo de tapiar debidamente el ventanuco trasero.

El padre de Léon le Gall —es decir, mi bisabuelo— no sabía nada de la yola de su hijo, pero lo tenían un poco preocupado aquellos vagabundeos por la playa. Era un profesor de latín fumador compulsivo y prematuramente envejecido, que en su juventud se había decidido por estudiar latín sólo para darle a su padre el mayor disgusto posible; había pagado esa satisfacción con décadas de trabajo en colegios que lo habían vuelto mezquino, estrecho de miras y amargado. Para justificar su latín ante sí mismo y poder seguir sintiéndose vivo, había adquirido un conocimiento enciclopédico sobre los testimonios de la civilización romana en la Bretaña y montaba ese caballo de batalla con una pasión en grotesca contradicción con lo nimio del tema. Sus interminables conferencias, terriblemente monótonas y acompañadas de espirales de humo, acerca de trozos de arcilla, baños termales y calzadas, eran legendarias y temidas en el instituto. Los estudiantes se mantenían indemnes observando sus cigarrillos y esperando que escribiera con ellos en la pizarra y se fumara la tiza.

Que el día de la movilización general lo declarasen exento por su asma lo vivió por una parte como suerte y por otra como vergüenza, dado que en la sala de profesores quedó como único hombre entre mujeres jóvenes. Su cólera fue terrible cuando se enteró por sus compañeras de que su único hijo apenas había sido visto en el instituto